

Ignacio del Moral

La mirada del hombre oscuro

No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra,
ni su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método
sin la autorización escrita de la Editorial.

© Ignacio del Moral
© Para esta edición: Fundación Autor
Coordinación editorial: Juan García Morcillo
Logotipo de la colección: Francisco Nieva
Diseño gráfico: Leo G. Navarro
Maquetación: Equipo Nagual, S.L.
Imprime: Navagraf, S.A.

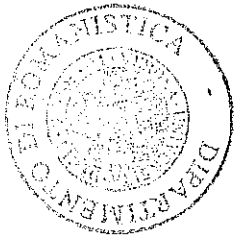
Fundación Autor
C/ Bárbara de Braganza, 7
28004 Madrid

D. L. M-38681-1992
I.S.B.N. 84-8048-007-6

Editado por



fundación autor



**La mirada del hombre
oscuro**

Premio SCAE de Teatro 1991

REGISTRO INGRESO
N. <u>3450</u>
REGISTRO INVENTARIO
N. <u>CL-SPAG-3086</u>

La mirada del hombre oscuro

PERSONAJES

EL PADRE
LA MADRE
EL NIÑO
LA NIÑA

(QUE COMPONEN LA FAMILIA)

OMBASI
EL CADAVER

INTRODUCCION

Ignacio del Moral es el ganador con La Mirada del Hombre Oscuro del I Premio de Teatro de la Sociedad General de Autores de España (1992). Este galardón ha sido otorgado por un jurado compuesto por Antonio Buero Vallejo, Francisco Nieva, Laura Olmo, Jaime Salom, José Luis Alonso de Santos, Alfredo Mañas y Juan José Alonso Millán.

El premio fue concedido por unanimidad doce obras de muy alto nivel quedaron finalistas, y mereció, ya en las primeras reuniones del jurado, unos encendidos elogios.

Efectivamente, el texto premiado -que ustedes tienen en su manos en estos momentos- reúne esa serie de requisitos, difíciles de conseguir, que definen el buen teatro, y que hace que una obra destaque entre las demás por contener los rasgos de interés y calidad que la hacen sentir como necesaria en su lectura, presintiendo que igual resultado alcanzará al lograr su vida escénica, a la que está destinada. Es actual, vigorosa, y trazada con rasgos personales por un autor que se encuentra, ya en estos momentos, en una madurez expresiva que le permite dibujar, con una difícil sencillez aparente, todo un universo propio. Tiene, además, una estructura escénica definida y necesaria para contar lo que necesita ser contado en el drama. Es pues una obra concreta y cerrada -terminada, diría yo-, utilizando para ello armas que el autor ya había dado a conocer en obras anteriores. (La gran muralla, premio Teatro Infantil, Ayuntamiento de Badajoz, 1985; Virir en Malibú premio del Cabildo Insular. Gran Canarias, 1986; Precipitados, espectáculo conjunto de tres autores madrileños -Ernesto Caballero, Leopoldo Alas e Ignacio del Moral- estrenada en la Sala Olimpia de Madrid en 1992. Aquarium, Las noches de Sabina, Una del oeste, Un día de espías...). Armas que aquí han sido depuradas en un equilibrio dramático que convierten La Mirada del Hombre Oscuro en uno de los más importantes textos aparecidos entre nosotros en los últimos años, situando a su autor en un lugar destacado, dentro del grupo de autores de finales de los 80 y comienzos de los 90. Estos recursos dramáticos que utiliza están presididos por una

decidida voluntad de expresar su punto de vista social y ético, sobre el mundo, en unos momentos de vacío de contenido en que parece que el mundo teatral es sólo un juego artístico de escogidos que andan a la búsqueda de posibles nuevas perfecciones formales. Por el contrario, Ignacio del Moral nos muestra una visión de nuestra sociedad inmediata y real, una sociedad aparentemente cordial, humana y armónica pero presidida, realmente, por la injusticia y el terror enmascarado de las desigualdades más atroces, que sufren a nuestro alrededor unos seres determinados de carne y hueso. Una vez más, gracias a un autor, las víctimas se hacen personajes y reclaman nuestra atención desde el escenario, como en una gran parte de la mejor historia del teatro de todos los tiempos.

Es pues *La Mirada del Hombre Oscuro*, una obra valiente y dura, donde el odio y la agresividad escondidas en nuestra vida cotidiana salen a la luz en los personajes, odio alimentado con pequeñas frustraciones diarias y que salta como un tigre a destrozar al que considera diferente, para vengarse. Personajes por tanto cargados de significaciones, con un diálogo incisivo, directo, teatral, que nos muestra el contraste vivido cada día con una terrible normalidad por todos nosotros: a un lado los seres que se consideran los dueños de la tierra, y al otro los desheredados, los parias, los esclavos de ayer y los de siempre.

Todo ello mostrado a veces con ternura, otras con humor e ironía, y siempre con poesía y misterio, que son algunas de las constantes en la obra de este autor.

Mantengo desde hace muchos años -desde sus tiempos de actor en el Teatro Libre-, una cordial amistad con Ignacio del Moral. Por ello, y por la gran impresión que me causó esta obra, me es doblemente grato escribir este breve prólogo, y desearte - a la obra y al autor- el mayor de los éxitos en su cercano estreno en la Sala Olimpia de Madrid (Centro Nacional de Nuevas Tendencias Escénicas). Nuestro teatro está necesitado de nuevos autores que como Ignacio del Moral aporten una dignidad, una calidad y un sentido a nuestro débil panorama teatral, lleno, tantas veces, de falsos fuegos de artificio en espectáculos vacíos de contenido que nunca podrán cubrir la necesidad esencial de nuestro teatro: la de crear una auténtica dramaturgia nacional de esta época, a partir del autor dramático de nuestro tiempo.

Ignacio del Moral, y su *Mirada del Hombre Oscuro*, tendrán, sin duda, una parte destacada en ella.

ALONSO DE SANTOS
Madrid, octubre de 1992

I.- LA PLAYA

Atardece.

Sonido del mar. Una familia, con un cubo, va recogiendo pequeños moluscos.

Está compuesta por padre, madre, niño y niña pequeña que juega y se retrasa.

Son hábiles en la tarea: rastullan ligeramente la arena y sacan la coquina, que va a parar al cubo. Lo hacen con seriedad, sin sentido lúdico, excepto la pequeña. Van vestidos con jerseys y botas de agua.

La pequeña se aleja: trepa por una duna coronada por unos matojos algo distante y desaparece por la otra vertiente. La llaman. Reparece la niña, corriendo, nerviosa.

LA NIÑA.- ¡Hay unos negros muertos, hay unos negros muertos!

LA MADRE.- ¡Ven aquí, niña, que te vas a perder!

LA NIÑA.- ¡Hay unos negros muertos!

EL NIÑO.- ¡Esta niña es idiota!

LA NIÑA.- ¡Hay unos negros muertos, papá!

EL PADRE.- Lo que faltaba. La niña se ha vuelto loca. Sí, hija. Hala, a ver si encuentras muchas conchitas de estas. (A la madre) ¿Ves cómo hemos hecho bien en venimos hasta aquí? Está lleno. Aquí no viene nadie.

LA MADRE.- ¿No estamos muy lejos del coche? A ver si...

EL PADRE.- Que no pasa nada. No hay nadie.

LA MADRE.- ¿No pasa nada? Pues mira lo que le pasó a mi hermana. Se quedó sin él. Cuando quisieron ir a buscarlo, se lo habían robado.

EL PADRE.— ¿Quién va a venir hasta aquí a robarnos el coche? Además, yo cuando lo dejo solo le quito la bujía. ¿Ves? (Se la muestra) Y así no puede arrancar.

La niña busca conchitas sin dejar de mirar las dunas.

LA NIÑA.— ¿Esta vale?

EL PADRE.— No, tiene que estar entera, con las dos mitades. ¿Ves? El bicho tiene que estar en su casita.

La niña sin hacer caso, echa su concha vacía en el cubo.

LA MADRE.— ¿Qué haces? ¿No te ha dicho tu padre que esas no valen?

LA NIÑA.— ¿Por qué?

LA MADRE.— ¡Porque no se comen, porque no está el bicho!

LA NIÑA.— ¿Por qué no está el bicho?

EL NIÑO.— ¡Porque ya se ha muerto!

LA NIÑA.— ¿Cómo los negros?

LA MADRE.— ¡Esta niña me pone negra!

LA NIÑA.— ¿Cómo los muertos?

EL NIÑO.— Estás tonta, ¡tonta!, ¡¡tonta!!

Le arroja el niño a la niña puñados de arena mojada. Llora la niña, sacude al niño la madre., Masculla el padre.

LA MADRE.— ¡La leche con los niños! ¡Estaros quietos que os voy a matar!

LA NIÑA.— ¿A los negros les ha matado su madre?

EL PADRE.— ¿Pero qué le pasa a esta niña con los negros?

LA NIÑA.— ¡Hay unos negros muertos! ¡Hay unos negros muertos!

2. — TRAS LA DUNA

Tras la duna están los dos negros tendidos. Uno de ellos tiene los ojos entrecerrados y no reacciona ante el hecho de que una mosca se plantea el depositar sus huevos en una herida que tiene en el labio. Debe de estar muerto. El otro, Ombasi, se remueve. Se incorpora, escupe, vomita agua salada. Luego se vuelve hacia su compañero. Le mira, espanta la mosca. Sacude desesperanzadamente el cuerpo del compañero. Solloza silencioso.

Llega hasta él el griterío de la familia mariscadora. La niña que grita hay unos negros muertos, el niño que dice tonta, tonta, tonta, le ponen en tensión.

Ombasi duda, mira a su compañero muerto. Tras una vacilación, le quita los zapatos, que calza en sus pies desnudos. Se acercan las voces de la familia. Al fin, trepando por la duna, asoma la cabeza el niño y se queda mirando de hito en hito a Ombasi, que trata de quitar al cadáver la chaqueta, en mejores condiciones que la raída camiseta que cubre su torso negro. Se quedan mirándose el niño blanco y el hombre negro. Hay terror en los ojos del niño. Sonríe el negro, abandonando su tarea. Duda el niño un momento y luego desciende la ladera de la duna, gritando.

Ombasi trepa por su lado de la duna y sale en persecución del niño. Se oye gritar de terror a la niña.

3. - LA PLAYA, ALGO MAS ALLA

El padre y la madre interrumpen su tarea cuando oyen los gritos del niño, que viene corriendo y con el susto reflejado en el rostro.

EL PADRE.- ¿Qué pasa?

LA MADRE.- ¿Y tu hermana?

EL NIÑO.- ¡Había unos negros! ¡Había un negro que había matado a otro!

LA MADRE.- ¡¿Y tu hermana?!

EL PADRE.- ¿Qué dices?

LA MADRE.- ¡¿Y tu hermana?! ¿Dónde está tu hermana?

En seguida aparece el negro llevando a la niña en brazos. La niña llora.

Grita la madre, tiembla de furor y cobardía el padre, sonríe el negro y deja en el suelo a la niña, que corre a refugiarse en su madre. Tiene la niña una herida en una rodilla, que la madre descubre.

EL NIÑO.- ¡Este! ¡Este es el que mató al otro!

LA MADRE.- ¿Qué te ha hecho?

LA NIÑA.- ¡Es el negro muerto! ¡Es el negro muerto!

EL PADRE.- (Blande la palita. Ombasi se queda quieto, cauteloso) ¡No te muevas! ¡Lárgate!

OMBASI.- La niña se ha caído... Se ha hecho daño.

EL PADRE.- (Al niño, que sigue gritando) ¡Cállate! Que no vea que tenemos miedo. Es peor. ¡Fuera! ¡Vete!

OMBASI.- (Se señala el pecho) Ombasi. Me llamo Ombasi.

LA MADRE.- Vámonos.

LA NIÑA.- ¿Qué dice?

LA MADRE.- Calla.

OMBASI.- Tengo hambre.

EL PADRE.- Iros despacio. Que no note que tenéis miedo.

LA MADRE.- ¿Y adónde vamos?

EL PADRE.- Al coche.

OMBASI.- La niña se ha caído, pero no es nada. Tengo hambre. Me llamo Ombasi. (Para hacerse entender, señala a la niña, se señala a sí mismo. Hace gesto de comer)

EL NIÑO.- ¡Dice que se quiere comer a la niña!

Grita la niña desparovida y sale corriendo. Corre la madre detrás. El padre se encara con Ombasi. El niño se coloca a distancia prudencial.

EL PADRE.- ¡Lárgate de aquí! ¡Estás asustando a mi familia! ¡Vete! ¡Ahora mismo llamo a la Guardia Civil!

OMBASI.- (Se vuelve a señalar el pecho) Ombasi. He venido nadando. Tengo hambre. Mi compañero se ha ahogado. Está muerto.

El hombre le escucha, algo menos tenso ante la actitud al parecer poco agresiva de Ombasi.

EL PADRE.- ¿Qué dices?

OMBASI.- (Tras un esfuerzo de concentración, con un acento endiablado) ¡Viva España! ¡Buitragueño!

EL PADRE.- ¡Ay, la leche, con lo que sale este ahora!

LA MADRE.- (A lo lejos, con la niña de la mano) ¡Antonio! ¡Antonio, déjalo y vámonos, antes de que nos haga algo! ¡Dale lo que tengas y vámonos, que se va a hacer de noche!

EL PADRE.- ¡Espera! ¡Mira lo que sabe decir! Dilo otra vez.

OMBASI.- (Se señala el pecho de nuevo) Ombasi.

LA MADRE.- ¿Estás loco? ¡Vámonos!

EL PADRE.- ¡No! ¡Eso no! ¡Viva España!

OMBASI.- (Sonríe) ¡Viva España! ¡Buitragueño!

Ríe el niño como loco.

LA MADRE.- ¡Estás loco! ¡Vámonos! ¡Vámonos que se hace de noche, y no hemos cogido nada!

EL PADRE.- Bueno, Butragueño. Me voy. Tranquilo, ¿eh? No pasa nada. Vamos, vamos. (Hace ademán de irse)

OMBASI.- ¡Espere! (Va tras él. Grita el niño)

EL NIÑO.- ¡Papá! ¡Qué viene! (Sale corriendo hacia su madre)

Se vuelve el padre, blandiendo la pala.

EL PADRE.- ¡Quieto!

OMBASI.- (Conciliador) Viva España... Butragueño.

EL PADRE.- Butragueño, sí. Pero tú te quedas aquí.

OMBASI.- Me llamo Ombasi. Tengo hambre. (Se toca el estómago)

EL PADRE.- (Llama a la madre) ¡Dori! ¿Queda merienda?

LA MADRE.- ¿Para qué?

EL PADRE.- Para dársela a éste.

LA MADRE.- ¿Y para qué le vas a dar a éste la merienda?

EL PADRE.- Para que nos deje en paz. A lo mejor lo que le pasa es que tiene hambre.

LA MADRE.- ¿Y si no le gusta el choped?

EL PADRE.- Que se aguante. Tú trae.

La madre, cautelosa, le acerca a su marido un bocadillo envuelto en papel de aluminio. El padre lo desenvuelve y se lo enseña a Ombasi.

EL NIÑO.- ¿Por qué le das mi bocadillo?

LA MADRE.- ¡Calla!

EL NIÑO.- ¡No quiero! Papá le está dando mi bocadillo a ese negro que ha matado a otro.

Ombasi, tras dudar, coge el bocadillo que le tiende el padre. Sonríe y come.

EL PADRE.- ¿Lo ves cómo le gusta el choped?

LA NIÑA.- ¡Tengo hambre! ¡Quiero un bocadillo de choped!

LA MADRE.- Queda uno de nocilla.

LA NIÑA.- ¡Yo no quiero nocilla! ¡Quiero choped!

LA MADRE.- (Al padre) ¿Por qué no le dices que si no le importa cambiar? Así prueba dos cosas típicas de aquí.

EL PADRE.- ¡Tú estás loca! Lo que tenemos que hacer es largarnos ahora que está entretenido. Hala, vamos, que casi es de noche.

La familia se agrupa y dando la espalda a Ombasi empiezan a marcharse.

LA NIÑA.- Tengo hambre.

EL PADRE.- Despacio, sin correr. Tranquilamente.

OMBASI.- ¡No se vayan! ¡Esperen!

LA MADRE.- ¡Nos mata!

EL NIÑO.- Como al otro negro.

EL PADRE.- (Se vuelve) Ya está bien, Butragueño. ¿Qué quieres? Ya te he dado de comer, ¿no? Pues adiós.

OMBASI.- Mi compañero se ha ahogado. No sé dónde estoy.

Ombasi se acerca al padre, el cual, asustado, se saca de los bolsillos todo cuanto encuentra.

EL PADRE.- Toma. Te doy todo esto y ya está. ¿Lo ves? Coge todo y te largas.

LA MADRE.- ¿Pero qué haces?

EL PADRE.- Por si lo que quiere es robar. Es mejor no hacerle frente. Toma esto también.

Va arrojando todo a la arena. Ombasi le mira interrogante.

LA MADRE.- Ten cuidado, a ver si le vas a tirar las llaves del coche.

EL PADRE.- Están en tu bolso. (De pronto) La bujía.

Se arrodilla y empieza a buscarla.

LA MADRE.- ¿Qué dices?

OMBASI.—¿Qué pasa? ¿Busca algo?

LA NIÑA.— ¡Yo también juego! (Empieza a revolver la arena)

EL PADRE.— ¡Estáte quieta! (Pega un empujón desabrido a la niña, que llora y se va a refugiar en su madre)

LA MADRE.— ¡No seas bruto!

Ombasi se arredilla junto al padre.

EL NIÑO.— ¡Papá; ¡Cuidado!

El padre queda un momento sobrecogido. Se tranquiliza cuando Ombasi empieza a recoger todo lo que tiró y se lo da.

OMBASI.—Tome. Y no lo vuelva a tirar, no sea niño.

EL PADRE.— Gracias. No está la bujía...

LA MADRE.— ¡No me digas que has perdido la buña!

EL PADRE.—Pues no está.

LA MADRE.—¿Cómo que no está?

EL PADRE.— ¡Como qué no está! No la veo.

LA MADRE.- ¡Pero sin la bujía el coche no arranca, ¿no?!

EL PADRE.— ¡No! (Vuelve a tirar al suelo las cosas) ¡Mierda!

OMBASI.—¿Me van a llevar a algún sitio dónde pueda dormir? Mi amigo está muerto y no sé qué hacer.

LA MADRE.—A lo mejor la tiene él.

EL PADRE.— (A Ombasi) ¡Bujía! ¡Para coche! (Hace ademán de arrancar el coche. Ombasi le mira)

LA MADRE.— Pero ¿tú crees que te va a entender?

EL PADRE.— (*Sigue gesticulándole a Ombas*) ¡Bujía para coche! ¡Sin bujía no arranca el coche! ¡Brrmmmm! ¡Brrnn!

OMBASI.— (*Sonríe*). ¿Dónde lo tienes? ¡Vámonos antes de que se haga de noche! ¡Brmmmm! ¡Brmmmm! ¡Brmmmm!

LA MADRE.— ¡Lo ves? ¡Este no ha visto un coche en su vida!

EL NIÑO.—¿Viene de la selva?

LA MADRE.—O de por ahí.

EL PADRE.— ¡Cago en la leche! (Se arroja en la arena y sigue buscando)

Se está haciendo de noche.

LA MADRE.—Se está haciendo de noche.

LA NIÑA.—Tengo sueño.

LA MADRE.— Espera un momento, cariño, que en seguida nos vamos.

LA NIÑA.—¿Por qué no nos vamos?

LA MADRE.— En seguida nos vamos.

LA NIÑA.—¡Yo me quiero ir ya! ¡Quiero ver los dibujos!

EL PADRE.— ¡Que se calle esa niña, que me está poniendo nervioso!

LA MADRE.— Calla, cariño.

EL NIÑO.—Pues vamos a tener que volver andando.

EL PADRE.— Tú, gilipollas, no te quedas ahí y ayúdame a buscar.

OMBASI.—¿Vamos al coche? (Se arroja junto al hombre) ¡Brrrrm!
¡Brrrrm!

LA MADRE.— Ten cuidado, a ver si te va a hacer algo.

Ombasi empieza a recoger los mismos objetos que por dos veces a arrojado el padre y se los da.

EL PADRE.— ¡Qué no quiero ahora esas mierdas! ¡Quiero la bujía del coche!

Vuelve a tirar los objetos. Ombasi se encoge de hombros y examina un mechero, encendiéndolo y apagándolo varias veces.

OMBASI.—¿No quieres tu fuego?

EL PADRE.— ¡Déjame en paz! ¡Estoy buscando la bujía!

OMBASI.—Toma. Te hará falta.

EL PADRE.—(Rechazando el encendedor) ¡No! ¡No quiero mechoero! ¡Quiero la bujía! ¡Bujía! (Extiende la mano) ¡A ver! ¿Dónde está la bujía? (Ombasi le pone en la mano el mechoero. El padre lo arroja al suelo) ¡Qué no! ¡La bujía!

Ombasi se encoge de hombros, recoge el mechero y lo guarda.

LA MADRE.- ¡Se ha quedado con el mechero!

EL PADRE.- (Al niño) ¿Y tú por qué lloras?

EL NIÑO.- (Entre hipidos) Porque... porque... me has llamado... gili... gilipollas...

EL PADRE.- ¿Cuándo?

EL NIÑO.- An... antes.

EL PADRE.- Bueno, ¿y qué? No es para llorar. A mí mi padre me lo llamaba a todas horas y no me pasó nada.

OMBASI.- ¿Nos vamos a alguna parte? ¿Qué están buscando?

EL PADRE.- Oye, Butragueño. Me tienes ya hasta los cojones. ¿Por qué no te largas de aquí? ¡Todo esto es por tu culpa!

OMBASI.- ¡Butragueño! ¡Viva España!

EL PADRE.- Ya no hace gracia. La primera vez, vale, pero ya no hace gracia. Lárgate. ¡Venga! ¡Lárgate!

Se aleja Ombasi unos pasos y se queda observando al padre y al hijo rebuscar en la arena. Luego, silencioso, se va:

LA NIÑA.- ¿Por qué siempre dice lo mismo?

LA MADRE.- Porque a lo mejor no sabe decir otra cosa.

LA NIÑA.- ¿No sabe hablar más?

LA MADRE.- No.

LA NIÑA.- ¿Por qué?

LA MADRE.- Porque estas personas negras son muy incultas.

LA NIÑA.- ¿Cuándo nos vamos?

LA MADRE.- En seguida, cariño. (Abraza a la niña y mira con un atisbo de angustia a su alrededor. Al marido) Es casi de noche.

EL PADRE.- Ya lo sé, leche.

LA NIÑA.- ¿Por qué no nos vamos?

EL NIÑO.- No veo.

EL PADRE.- No me extraña. Ya es casi es de noche. ¿Y el mechero?

LA MADRE.- Se lo ha llevado el negro.

EL PADRE.- ¿Cómo qué se lo ha llevado el negro?

LA MADRE.- Tú decías que te daba igual.

EL PADRE.- Pero ¿cómo me va a dar igual? ¿Dónde está?

LA MADRE.- Ya te he dicho que se lo ha llevado el negro.

EL PADRE.- Digo el negro, ¿dónde está?

LA MADRE.- Se ha ido.

EL PADRE.- ¡Con mi mechero! ¿Se ha ido con mi mechero el cabrón?

LA MADRE.- ¡Porque tú se lo has dicho! ¡Se ha dado la vuelta y se ha largado!

EL PADRE.- ¿Será cabrón? ¡Encima que le doy un bocadillo!

EL NIÑO.- Era el mío.

EL PADRE.- ¡Tú cállate!

EL PADRE.- ¿Dónde ha ido?

LA MADRE.- No lo sé, no le veo.

LA NIÑA.- Como es tan negro...

EL PADRE.- ¡Me cago en la leche! ¿Qué hacemos?

LA MADRE.- Vamos al coche.

EL PADRE.- ¿Y para qué? ¡Si no tenemos la bujía!

LA MADRE.- Anda que tú, también... ¿A quién se le ocurre quitar la bujía?

EL NIÑO.- ¿Qué es una bujía?

LA MADRE.- Una cosa que tu padre le quita al coche y luego se la tira a los negros.

EL PADRE.- ¡Muy graciosa!

LA NIÑA.- ¡Vámonos a casa!

LA MADRE.- Cállate ya, hija, no seas pesada, estamos buscando la bujía.

EL NIÑO.— ¿Y si se la ha llevado el negro?

EL PADRE.— ¿Por qué se la va a haber llevado?

LA MADRE.— ¿No se ha llevado el mechero?

EL PADRE.— Pero, ¿para qué va a querer la bujía?

LA MADRE.— Le puede haber gustado. A lo mejor se cree que es un fetiche mágico de esos. Como esas gentes son tan prehistóricas...

EL PADRE.— No digas tonterías.

Ya es noche cerrada.

4. — TRAS LA DUNA

Ombasi ha encendido una fogata. Ha reunido ramas de matojos que forman un montón, con las que de vez en cuando va alimentando el fuego. El cuerpo de su amigo muerto está en la postura más digna, con las manos cruzadas, desnudo, y le está tapando con arena, mientras canta en voz baja una salmodia de lejanas resonancias. Antes de cubrir el cuerpo y arroja al fuego sus ojos y su boca. Termina de cubrir el cuerpo y arroja al fuego lo que presumiblemente son pequeños objetos personales del muerto. Luego se queda sentado en el suelo y mete la cabeza entre las rodillas. Recuerda. Y oímos el sonido de los recuerdos.

5.- LOS RECUERDOS DE OMBASI.

Entre sonido de músicas tribales Africanas, oímos voces y sonidos que reconstruyen la odisea de Ombasi y su amigo.

VOCES EN VARIOS IDIOMAS.- (Se mezclan español, francés y árabe) Quince mil por llegar a Tarifa... Vamos, esta noche... venga, negro, sube o te quedas aquí... (ruido de mar, olas, viento, truenos) ¡Sois demasiados... tirad todo lo que llevéis... lo que faltaba, la Guardia Civil... Calladitos, ¿eh? que nos la jugamos todos... a ver, ese, que deje de llorar ya estamos casi... venga al agua... no, no podemos llegar a la orilla, hay vigilancia... ¡Nada de volver a Marruecos! En España muy bien. Europa. ¡Al agua he dicho! Ya casi estamos. Llegaréis nadando en un momento. ¡Al agua, qué os vendrá bien un baño!

(El ruido del agua aumenta, chapoteos, jadeos, la respiración agitada de quién esta haciendo un esfuerzo superior a sus fuerzas)

Ombasi jadea. Se despierta sobresaltado, con el espanto en los ojos.

Por encima de la duna aparece el niño. Asoma cauteloso. Luego habla mirando atrás.

EL NIÑO.- ¡Está aquí! ¡Está aquí!

OMBASI.- Hola.

EL PADRE.- ¿Qué?

OMBASI.- Hola.

EL PADRE.- (Voz) ¡Espera! No te acerques, que ya vamos tu madre y yo.

Asoma por encima de la duna el padre. Ombasi le mira y le hace un gesto de bienvenida.

OMBASI.- *Viva España.*

EL PADRE.- *Viva España.*

EL NIÑO.- Siempre dice *Viva España.*

EL PADRE.- Debe creer que significa hola.

EL NIÑO.- *Viva España.*

Sonríe Ombasi.

El padre desciende por el declive de la duna, hablándole entre dientes a su hijo, que baja tras él.

EL PADRE.- Bueno, ahora hay que intentar que no se enfade y ver si tiene la bujía. Si la tiene, hay que quitársela sin que se dé cuenta y salir corriendo.

EL PADRE.- ¿Y cómo se la vamos a quitar?

OMBASI.- ¿Dónde están tu mujer y tu hija?

LA MUJER.- (Voz) ¿Qué pasa? ¿Qué hacéis? ¿La tiene?

EL PADRE.- (Grita) No lo sé.

OMBASI.- Debes dejarla acercarse. Tendrá frío.

EL PADRE.- ¿Dónde estará el muerto?

LA NIÑA.- (Voz) Tengo frío.

OMBASI.- A lo mejor tu hija tiene frío. Que se caliente en el fuego.

EL PADRE.- (Grita) ¡Quedaos ahí! Puede haber problemas si le tenemos que quitar la bujía.

LA MADRE.- (Asomando) ¡Pero es que la niña se está helando!

EL PADRE.- (Grita) ¡Que os quedéis ahí!

OMBASI.- Gritas demasiado a tu mujer. Si no la tratas bien, no querrá acostarse contigo y a la fuerza no es igual.

El chico se arrima al fuego.

EL PADRE.- ¿Tú qué haces? ¡Ven aquí!

EL NIÑO.- Déjame un rato. Tengo frío.

LA NIÑA.- (Voz) ¡Tengo frío!

LA MADRE.— Antonio, esta niña se va a acatarrar. Déjala acercarse al fuego por lo menos. Está medio dormida, además.

LA NIÑA.— (Asomando) ¡Tengo frío!

Empieza la madre a descender.

LA MADRE.— (A la niña) Anda, mi amor, ven...

EL PADRE.— Pero ¿estás loca?

LA MADRE.— ¡Mira, Antonio, no me toques más las narices! ¡La niña va a coger una pulmonía y este negro tiene aquí un fuego que no sé ni cómo lo ha hecho, bueno, sí, claro que lo sé, lo ha hecho con tu dichoso mechero, porque me está pareciendo que este negro es más listo que tú, qué lo único que has hecho ha sido tirar la bujía, así que eres tú mucho más caribe que él, fíjate lo que te digo!

OMBASI.— (Al padre) Tu mujer te grita mucho delante de tus hijos. Deberías darle con un palo.

LA NIÑA.— (Grita) ¡Mamá!

LA MADRE.— Anda, ven, corazón.

La niña niega con la cabeza.

LA NIÑA.— Me da miedo ése.

LA MADRE.— No tengas miedo. No te hace nada.

LA NIÑA.— No puedo con el cubo.

EL PADRE.— (Al niño) Ayuda a tu hermana con el cubo.

EL NIÑO.— (Que había cogido una buena posición junto al fuego) ¡Jo! ¿Por qué yo? Tengo frío.

EL PADRE.— (Frenético la emprende a golpes con el niño) ¡Qué ayudes a tu hermana, leche, ¿no me has oído?! ¡Y no me desobedezcas, que te, que te...!

El niño grita y sube por la ladera, sollozando. Al pasar junto a su madre, ésta le acañía con la mano mientras mira a su marido con reproche.

Desaparece el niño duna abajo.

OMBASI.— Si tratas mal a tu hijo, dejará que te mueras de hambre cuando seas viejo.

EL PADRE.— (A Ombasi) ¿Qué hablas tú? Vamos a ver. ¡Bujía! ¿Tienes la bujía de mi coche?

Ombasi le mira sin comprender.

LA MADRE.— (A la niña) Anda, cariño, baja con papá y ponte cerca del fuego.

LA NIÑA.— Me da miedo.

LA MADRE.— No pasa nada, está papá. Ese señor no te va a hacer nada.

OMBASI.— (Sonríe a la niña) Hola. *Viva España.*

LA NIÑA.— (Se arrima más a su madre) Tiene unos dientes muy grandes.

LA MADRE.— Porque viene de la selva y allí está lleno de fieras.

EL PADRE.— ¿Qué tonterías le dices a la niña? (A la niña) Venga, hija, baja, que vas a coger frío.

LA MADRE.— Deberíamos habernos ido al coche.

EL PADRE.— ¿Y qué hacíamos en el coche? Morimos de frío.

LA MADRE.— Tiene calefacción, ¿no?

EL PADRE.— Y nos quedamos sin batería.

OMBASI.— ¿Por qué no le dices a tu familia que se acerque al fuego?

LA MADRE.— Anda, Jessy, baja, cariño.

La niña niega con la cabeza

EL PADRE.— ¿Qué le pasa a esa niña ahora?

LA MADRE.— Vamos, no seas tonta, Jessy.

LA NIÑA.— Tú conmigo.

LA MADRE.— Bueno, a ver si sube tu hermano y bajamos los tres. ¡Iván!

EL PADRE.— (Voz) ¡Ya voy! ¡Es que se me ha caído el cubo!

LA MADRE.— ¿Qué te se ha caído? Pero bueno, ¡este niño es tonto! ¡Ha tirado todas las coquinas!

EL PADRE.—¿Las coquinas?

OMBASI.—Deberías decirle a tu familia que baje. (Hace gestos a la madre y a la niña) ¡Venid al calor! ¡Hace frío!

LA MADRE.—(Al niño) ¡Termina ya de recoger las coquinas, que te voy a matar!

EL NIÑO.—Es que el cubo pesaba mucho.

LA MADRE.—Pesaba mucho... Ya verás tu padre.

EL PADRE.—Bueno, venga, que baje la niña. A ver si éste tiene la bujía y nos podemos ir. ¡La bujía! Un cosa así... Pequeña...

LA MADRE.—(A la niña) Venga, baja, no te quedas ahí parada.

LA NIÑA.—No. Tú primero. Tengo miedo.

EL PADRE.—¡Callaos, qué así no hay quien se entienda!

Estornuda la niña.

OMBASI.—Tu niña va a coger frío.

LA MADRE.—No, si ahora se va a acatarrar. ¡Baja ya, demonio! (Niega la niña con la cabeza, obstinada) ¡Pues como cojas una pulmonía, te vas a enterar!

EL PADRE.—(A Ombasi) Mira, si tienes la bujía, dámela y yo te doy otra cosa que te guste. A ti no te vale para nada. Te doy dinero por ella.

LA MADRE.—¿Por qué le vas a dar dinero, si es tuya?

EL PADRE.—Calla, coño. Este no la tiene. ¡Una cosa mía caído del bolsillo!

Ombasi le muestra el mechero y se lo tiende.

OMBASI.—Toma. Te puede hacer falta.

EL PADRE.—No, no es eso.

LA MADRE.—¿Y qué? Tú cógelo. Es tuyo, ¿no?

El padre coge el mechero que le tiende Ombasi.

Asoma el niño, con el cubo.

EL NIÑO.—¡Ayúdame, que no puedo con el cubo!

LA MADRE.—(Mira el interior del cubo) ¿Estas son todas las coquinas que quedan? (Dando pescozones al chico) ¡¿Estas son todas las coquinas que quedan?! ¡

EL NIÑO.—(Revolviéndose) ¡Haber bajado tú!

EL PADRE.—¿A tu madre? ¿Así vas a contestar a tu madre?

Furibundo, inicia una torpe subida por la ladera de la duna para llegar a su hijo, pero se cae a media ascensión y vuelve a descender, deslizándose, faltando muy poco para caer al fuego, erripijando además a Ombasi, que está a punto de quemarse y cae sobre el cadáver cubierto de arena. Ombasi se levanta y grita.

EL PADRE.—(Al niño) ¡Me cago en la leche! ¡Te voy a despellejar!

OMBASI.—(Enfadado, al padre) ¡Ya está bien, ¿no?! ¡Quieres dejar de gritar? ¡Casi me tiras al fuego!

Toda la familia se asusta

LA MADRE.—Se ha enfadado.

LA NIÑA.—¡Vámonos a casa! No quiero estar aquí.

EL PADRE.—(Que está en el suelo a los pies de Ombasi, asustado por su expresión de enfado) Bueno, bueno, tranquilo, ya nos vamos. Tranquilo.

OMBASI.—Dile a tu familia que baje de una vez, no seas así de egoísta, déjales que se calienten ellos también.

EL PADRE.—Vale, vale, ya nos vamos. (A su familia) En cuanto encontremos a la Guardia Civil se va a enterar el cabrón este. Vámonos antes de que sea peor.

Ombasi tiende los brazos hacia arriba y le habla a la niña.

OMBASI.—Venga, pequeña, baja. Yo te cojo. No hagas caso de tu padre. Está loco.

El padre empieza a trepar por la duna.

EL PADRE.—Vámonos. Pero éste se va a enterar. Cualquiera sabe lo que está haciendo aquí. Se le va a caer el pelo.

LA NIÑA.- ¿Por qué se le va a caer el pelo?

EL NIÑO.- Yo quiero bajar. Tengo frío. Me he mojado con el agua del cubo.

EL PADRE.- Tú vas a hacer lo que yo diga. Y ya verás cuando esto se acabe.

EL NIÑO.- Yo me quedo aquí con el negro.

LA NIÑA.- (*Llorando histéricamente*) ¡No te quedes! ¡Te va a matar como al otro!

EL PADRE.- Que se quede si quiere, porque si no le voy a matar yo.

LA MADRE.- ¿Estás loco? ¿Le vas a dejar que se quede? ¿Y si le hace algo?

EL PADRE.- (*Trepando como está*) ¡Pero vamos a ver, leche! ¿No eras tú la que decía...?

El niño, por su cuenta y riesgo, baja por la ladera de la duna, arrastrando el cubo.

LA MADRE.- ¡Ván!

EL NIÑO.- (*A Ombasi*) Hola, *Butraqueño*.

OMBASI.- *Viva España*. ¿Tu familia se va?

EL NIÑO.- (*Se acerca al fuego*) ¡Qué frío!

LA MADRE.- ¡Ván! ¡Sube aquí inmediatamente!

EL NIÑO.- ¡No quiero!

EL PADRE.- ¡Qué subas!

EL NIÑO.- Que no.

OMBASI.- ¿Por qué no bajáis todos de una vez? Hace falta más leña. Crecen matorrales ahí detrás.

EL NIÑO.- ¿Dónde está el muerto que había aquí contigo.

OMBASI.- Si tenéis comida, podemos comer. (*Hace gesto convencional de comer*)

EL NIÑO.- (*Entre el miedo y la fascinación*) ¿Te lo has comido?

LA NIÑA.- ¡Se ha comido al otro negro!

LA MADRE.- ¡Calla, Jessy, por Dios, que me vuelves loca!

OMBASI.- ¿Váis a bajar?

LA MADRE.- ¿Qué hacemos? Esta niña tiene frío y se va a poner mala.

EL PADRE.- Bueno. Vamos a bajar, despacio, sin gritos. (*Al niño, hablándole en voz baja para no alarmar a Ombasi*) Y tú te vas a estar callado, o te llevas un soplamocos que te pongo la cara del revés, ¿te enteras, cretino? Ahora vamos a bajar todos, despacio... Ven aquí, Jessy... (*Tiende los brazos a la niña. La niña no quiere soltarse de su madre*)

LA MADRE.- Vamos, cariño, baja con papá... yo también bajo.

LA NIÑA.- ¿Y si me come?

LA MADRE.- No te come... Es bueno.

LA NIÑA.- ¡No! ¡Es malo! ¡Se come a otros!

LA MADRE.- Bueno, pero ahora no tiene hambre.

EL PADRE.- ¡Pero ¿quieres dejar de decirte tonterías a la niña?!

OMBASI.- (*Nuevamente tiende los brazos a la niña*) Venga, baja. Baja tú también, señora.

Descienden padre, madre e hija torpemente. Sonríe Ombasi. La niña se mantiene alejada de él y le mira con recelo.

EL NIÑO.- Se está riendo.

EL PADRE.- Pues no sé por qué se ríe el gilipollas.

LA MADRE.- Pues porque gracias a tu mehero ha encendido un fuego y está tan calentito desde hace una hora y nosotros aquí hemos estado haciendo el imbécil, ¿por qué va a ser?

El niño mira a Ombasi reír y ríe también. Forman el padre, la madre y la niña un pequeño grupo receloso frente a Ombasi, que se sienta junto al fuego y les mira. El niño se sienta junto a él. Ombasi se asoma al cubo de coquinas.

OMBASI.- ¿Puedo comer de esto?

EL NIÑO.- Papá, que se va a comer las coquinas.

LA NIÑA.- ¿Lo ves? Es malo; se quiere comer nuestras coquinas.

OMBASI.- Sentaos. Vamos a comer de esto.

LA MADRE.- La niña tiene frío.

EL PADRE.— Que se acerque al fuego.

LA NIÑA.— Tú conmigo.

El padre se sienta con la niña junto al fuego. La niña se acurruca junto a él. Después, la madre y el niño hacen lo mismo. Ombasi echa algunas ramas al fuego. Luego señala el cubo de coquinas.

OMBASI.— ¿Nos comemos esto?

Ombasi se saca del bolsillo una navaja. El padre y la madre se miran entre sí, inquietos, pero los gestos de Ombasi no se les antojan amenazadores. Ombasi saca una coquina del cubo y la abre. Le ofrece a la niña, que hace un gesto de repugnancia.

LA NIÑA.— ¡Mamá! Quiere que me coma una coquina cruda.

LA MADRE.— No, hija. Anda, ven.

Se refugia la niña en brazos de su madre.

EL PADRE.— No pasa nada, se pueden comer.

Ombasi ofrece al padre, que tras una leve vacilación acepta.

LA MADRE.— ¿Qué haces?

EL PADRE.— ¿Qué pasa? Son nuestras. Las hemos cogido nosotros.

LA MADRE.— Ya, pero...

Ombasi le tiende a la madre el cuchillo y le señala el cubo de coquinas y luego señala a los presentes.

LA MADRE.— ¿Qué quiere?

EL PADRE.— Te da para que comas si quieres.

LA MADRE.— No, no, yo no quiero.

EL PADRE.— ¿Queréis coquinas, niños?

EL NIÑO.— Yo no; qué asco, están crudas.

EL PADRE.— ¿La niña quiere?

LA MADRE.— Se ha dormido.

EL PADRE.— A ver si va a coger frío.

OMBASI.— A lo mejor la niña tiene frío.

Ombasi coge una prenda de ropa que le quitó al muerto y se acerca a la niña para taparla con ella.
Se inquieta la madre.

EL PADRE.— No pasa nada, no seas angustias. La va a tapar. (A Ombasi) Gracias.

LA MADRE.— (Retapando a la niña) ¿No tendrá pulgas la chaqueta esta?

EL PADRE.— ¡Qué cosas tienes!, ¿por qué va a tener pulgas? Mira disimuladamente a ver si está la bujía en el bolsillo.

Ombasi come coquinas

La madre rebusca. Mueve negativamente la cabeza.

EL NIÑO.— Se está comiendo todas las coquinas.

EL PADRE.— (A Ombasi) Anda, tú, listo, déjame la navaja. (Tiende la mano. Ombasi se la da. A la mujer) ¿Tú quieres?

LA MADRE.— Me da repelugo. ¿Y si la navaja tiene sida o algo?

EL PADRE.— ¿Por qué va a tener sida? Joder, ya me has contagiado la aprensión. (Al niño) ¡Tú! No comas.

El padre le devuelve la navaja a Ombasi.

EL NIÑO.— No pensaba comer. Me dan asco crudas.

Se quedan callados mientras Ombasi sigue comiendo coquinas con aparente gusto.

EL PADRE.— Pues puede que la navaja tenga el sida, pero el jodío negro se está poniendo morado.

OMBASI.— Son buenas. En mi país cogemos unas más gordas. Las llamamos almejas, y luego están las ostras, que son más gordas, pero hay que bucear para cogerlas. Mi amigo era muy bueno consiguiéndolas. Nadaba bien, pero...

Ombasi sigue hablando. Mientras Ombasi habla, el niño se ha dormido, acurrucado junto a él. El padre da cabezadas, y la madre le mirá hablar, sin comprender, pero asintiendo con la cabeza por cortesía. Cuando ve que el padre se duerme, le da un codazo y el hombre se despierta sobresaltado, volviendo en seguida a inclinar la cabeza.

OMBASI.— Le díó un calambre cuando veníamos hacia la orilla. Yo le arrastré, pero pesaba mucho. Nos íbamos los dos al fondo. Nos dijeron que estaba cerca, pero no llegábamos nunca. Estaba lloviendo; era de noche; no se veía nada. ¿Queréis verlo? Bueno, mejor no. Se iba a casar con mi hermana cuando volviéramos. Ahora mi hermana se casará con el hermano de mi amigo muerto, pero no va a ser igual. El hermano de mi amigo pega mucho a las mujeres, aunque no hayan hecho nada. No me entiendes, ¿verdad?

La mujer le mira inexpressiva y sonríe. Sonríe Ombasi. La mujer mira a su marido algo inquieta.

Al fin, Ombasi, cansado, mete la cabeza entre sus rodillas flexionadas.

LA MADRE.— (Al padre) Te estás durmiendo.

EL PADRE.— Joder, si es que esta mañana me he levantado a las seis para revisar el coche.

LA MADRE.— ¿Por qué hemos tenido que venir tan lejos?

EL PADRE.— Porque en los demás sitios ya no quedan coquinas.

LA MADRE.— No te duermas.

EL PADRE.— Tengo sueño.

LA MADRE.— Es igual, no te duermas.

EL PADRE.— ¿Por qué?

LA MADRE.— Tengo miedo.

EL PADRE.— ¿De qué?

LA MADRE.— De todo. De él.

EL PADRE.— Está dormido. Duérmete tú también.

LA MADRE.— Yo no puedo dormir fuera de mi cama, ya lo sabes. Además, me duele la espalda. No me gusta dormir fuera de casa.

EL PADRE.— ¿Y cuando estamos de vacaciones?

LA MADRE.— Ya sabes que no pego ojo en los quince días. Además, en los camping no hay quien duerma. Entre los mosquitos, los de las otras tiendas y que me levanto a ver si los niños no se han dado la vuelta en el saco, me la paso en blanco toda la noche. No aguanto el camping. Me da miedo que los niños se asfixien en los sacos, y me dan asco las duchas, el fregadero, el agua, todo. Pero lo que más asco me da es ir al servicio. Me estoy una semana sin ir por el asco que me da.

EL PADRE.— Pues decías que te gustaba.

LA MADRE.— Para que no te disgustases.

EL PADRE.— ¿Y por qué me lo dices ahora?

LA MADRE.— Porque hoy me da todo igual. Es como si hoy no contara.

EL PADRE.— Qué cosas más raras dices. Intenta dormir, anda.

LA MADRE.— No puedo. Me duele la espalda. Además, me da miedo. ¿Y si nos hace algo?

EL PADRE.— No creo. Ya vigilo yo.

LA MADRE.— ¿Tú? Tú te quedas dormido en cuanto cierre los ojos.

EL PADRE.— Bueno, ¿y qué? estoy cansado.

LA MADRE.— Yo también estoy cansada, ¿qué te crees?

EL PADRE.— Nada, mujer. no digo nada. Sólo digo que estoy cansado y que me gustaría que durmieses.

LA MADRE.— Si eres tú el que está cansado, ¿por qué no te echas tú a dormir?

EL PADRE.- ¡Chsss! Vas a despertar a los niños.

LA MADRE.- No me gusta que el niño esté tan pegado a él. A lo mejor tiene piojos; o la tiña, que creo que en esos países la tienen mucho. Hasta la lepra.

EL PADRE.- (*Que se ha ido recostando, casi dormido*) Que no...

LA MADRE.- ¿Y tú qué sabes?

EL PADRE.- Duerme.

LA MADRE.- No puedo; me duele la espalda.

EL PADRE.- Si te duermes no lo sentirás.

LA MADRE.- ¡No sé cómo puedes dormir tan tranquilo!

EL PADRE.- Estoy cansado. Mañana cuando amanezca iremos hasta la carretera y allí veremos si pasa alguien.

LA MADRE.- No sé por qué vivimos tan lejos.

EL PADRE.- Porque queríamos coger coquinas. Duerme.

LA MADRE.- ¿Y si se despierta y nos hace algo?

EL PADRE.- Yo vigilo.

LA MADRE.- ¿Tú? Si estás casi dormido.

EL PADRE.- Yo duermo con un ojo abierto, ya lo sabes.

LA MADRE.- ¿Desde cuándo? Si cuando lloraban los niños nunca te enterabas. Acuérdate de cuando Iván estaba con los oídos, que no te enterabas y me pasaba yo la noche levantándome.

EL PADRE.- Porque yo tenía que ir a trabajar.

LA MADRE.- Pero ni lo oías.

EL PADRE.- Sí que lo oía, pero no podía levantarme. Duerme, anda.

Como cediendo a una costumbre inveterada y a punto de dormirse, mete la mano entre los muslos de la mujer. Ella se estremece.

LA MADRE.- Estáte quieto. ¿No ves que nos puede ver?

EL PADRE.- Mmmmm. (*Deja la mano donde está y se duerme*)

LA MADRE.- Antonio.

EL PADRE.- Mmmmm.

LA MADRE.- Antonio, no te duermas.

EL PADRE.- No.

LA MADRE.- Estabas dormido.

EL PADRE.- Que no...

LA MADRE.- A mí no me engañas. Estabas dormido. Toda tu familia en peligro y tú te duermes.

EL PADRE.- Que no me duermo.

Cambia de postura Ombasi para ponerse más cómodo. La madre se estremece. Se sobresalta el padre y se incorpora, alarmado. Ombasi duerme.

LA MADRE.- Me has asustado.

EL PADRE.- Y tú a mí. ¿Lo ves? Está dormido.

LA MADRE.- ¿De dónde vendrá?

EL PADRE.- No lo sé... de Africa.

LA MADRE.- En cuanto amanezca nos vamos y le dejamos aquí. No quiero verle más.

EL PADRE.- ¿Por qué? No nos ha hecho nada.

LA MADRE.- Todo ha sido por su culpa. estábamos tan bien hasta que apareció. ¿A qué habrá venido?

EL PADRE.- ¿Qué sé yo? A buscar trabajo.

LA MADRE.- Ya ves; como aquí no hay paro... Luego acaban todos metidos en las drogas. Hay que decirselo a la Guardia Civil.

EL PADRE.- Déjate de líos. Nosotros nos vamos y adiós muy buenas, si te he visto no me acuerdo.

LA MADRE.- (*Con un gesto de dolor*) Cada vez me duele más la espalda. Prométeme que este año no iremos a camping.

EL PADRE.- Pero mujer, si a los chicos les gusta.

LA MADRE.- Pues a mí no.

EL PADRE.- ¿Y qué quieres? ¿Qué nos quedemos en casa?

LA MADRE.- Lo prefiero.

EL PADRE.- ¿Y por qué te ha dado ahora con el camping?

LA MADRE.— No sé. Porque se me ha venido a la cabeza. Se me vienen cosas raras hoy.

EL PADRE.— Anda, duérmete. Ya vigilo yo.

LA MADRE.— No puedo.

EL PADRE.— Haz un poder.

LA MADRE.— Qué dolor de espalda. Desde que nació la niña estoy así.

EL PADRE.— Duérmete...

8. — LOS SUEÑOS

Ha pasado algún tiempo. Todos duermen. El fuego se ha apagado. Brillan estrellas, rompen las olas.

Ombasi, de pronto abre los ojos y se queda mirando con fijeza a la mujer dormida. La mujer se despierta sobresaltada y le mira. Se miran un instante. Ombasi, a rastras, se acerca a ella. Cuando están juntos, él le levanta la falda. Ella le mira hacer, aterrorizada, pero sin oponer resistencia. Ombasi acaricia a la madre y besa sus muslos. Ella abre la boca en un grito que no llega a salir. Mira a su marido y le sacude para despertarlo, en vano.

Se hace un oscuro brevísimo y de nuevo están todos en su posición. La mujer se despierta sobresaltada y mira a su alrededor. Mira a Ombasi, que duerme agitado. La mujer suspira y mira a sus hijos, que duermen tranquilos. Se acerca a su marido, buscando protección. El hombre mascula entre sueños. Y vuelve a colocar su mano entre las piernas de ella, que acaricia la cabeza de la niña y cierra los ojos.

Se agita entonces el cadáver del amigo. Se incorpora, sacudiéndose la arena. Está desnudo.

Abre los ojos Ombasi.

OMBASI.— ¿Qué haces aquí?

CADAVÉR.— Nada. Yo no hago nada. Ni aquí ni en ninguna parte.

No tengo que hacer nada. Pero tú sí; tendrás que hacer algo. ¿Qué piensas hacer?

OMBASI.— No lo sé. Estoy muy cansado.

CADAVÉR.— Empiezo a estar lleno de picaduras de bichos. Pulgas blancas de esas.

OMBASI.— No sé qué se hace en este país con los muertos.

CADAVÉR.— Los niños esos creen que me has matado tú. Los padres no saben que estoy.

OMBASI.— Son gente muy extraña. Son miedosos y se gritan unos a otros.

CADAVER.— Están asustados. Están lejos de su casa.

OMBASI.— Más lejos estoy yo de la mía.

CADAVER.— Tú no tienes casa.

OMBASI.— La tendré. Dos, una aquí y otra allí.

CADAVER.— Tal vez no te dejen. Ni aquí ni allí. No querrás volver porque allí no tienes nada, pero aquí tampoco tendrás nada, y no serás ni de aquí ni de allí. Ten cuidado: hace frío aquí en invierno. Y en las ciudades grises, más.

OMBASI.— No saldré. Me quedará caliente en mi casa.

CADAVER.— No tendrás casa. O puede que sí, una como la mía, húmeda y fría. Me pican esos bichos blancos y duros.

OMBASI.— Tendré una casa de ladrillos, con lámparas en el techo y suelo de losetas.

CADAVER.— No la tendrás, Ombasi. He conocido a muchos que vinieron antes que nosotros.

OMBASI.— Pero tú sólo has conocido a los muertos, a los que han fracasado.

CADAVER.— No te engañes. Ya nos engañaron bastante durante el viaje.

OMBASI.— Los moros tuvieron la culpa. Allí lo perdimos todo.

CADAVER.— Aquí será peor. Aquí no nos quieren. Ni siquiera les interesamos para robarnos. Creen que venimos a quitarles lo suyo. Aunque nos conformemos con lo que ellos no quieren, es igual. Creen que les manchamos el aire pestilente que respiran. Ya has visto a estos. Se comportaban como si fueras a matarles. La mujer ha soñado que ibas a forzarla.

OMBASI.— Los sueños van de un lado a otro. No es culpa de nadie. Si no soñáramos, nos volveríamos locos. Hasta los perros sueñan, ¿no? Mueven las patas y gruñen.

CADAVER.— Pero si el hombre supiera lo que sueña su mujer, a lo mejor te mataría. Te echaría la culpa.

OMBASI.— Eso lo entiendo. Yo haría igual. Es su mujer, aunque estén los dos soñando.

CADAVER.— Pues es una estupidez.

OMBASI.— También ha sido una estupidez ahogarse cuando estábamos a punto de llegar.

CADAVER.— También tú te ahogará.

OMBASI.— No pienso volver a acercarme al agua.

CADAVER.— No te hará falta. Te ahogará en la miseria y en las enfermedades, en el pis y en el hollín.

OMBASI.— ¿Por qué lo sabes?

CADAVER.— Lo he visto. Me lo han contado. Dormirás bajo tierra sin estar muerto, oliendo a orines y todos pasarán esquivando tu mirada. Algunos se reirán de tí, otros te despreciarán, otros te humillarán, otros te pegarán, otros te tendrán miedo y los que se creen mejores te tendrán lástima. Lo he visto, me lo han contado.

OMBASI.— Porque tú sólo hablas con los amargados y los fracasados. Aquí hay médicos, sobra la comida y no se mueren los niños con moscas en los ojos. Se pueden hacer negocios.

El Cadáver saca un pequeño cuenco lleno de agua, moja sus dedos en ella y rocía a Ombasi.

¿Qué haces? ¿Por qué me mojas?

CADAVER.— Tendrás problemas, hermano.

OMBASI.— Y tú también los tendrás si no dejas de mojarne. Eres un estúpido. No sé qué veía mi hermana en tí. No debí traerte.

CADAVER.— ¿Quieres que te diga lo que va a ser de tu hermana con mi hermano?

OMBASI.— Tu hermano es otro zoquete como tú, pero peor. Fuiste un idiota al ahogarte.

CADAVER.— Me pesaban mucho los zapatos. Y la bolsa atada al cuello no ayudaba.

OMBASI.— ¿Por qué no te los quitaste como yo? ¿Deja de echarme agua! ¿A quién se le ocurre nadar con zapatos?

CADAVER.— Pero ahora bien te los has puesto tú. Y te quedas con mis cosas.

OMBASI.— ¡A tí no te sirven ya para nada! ¿Para qué quieres tú unos zapatos, vamos a ver?

CADAVÉR.— Con ellos te ahogará.

OMBASI.— ¡Vete de aquí! Y deja de echarme agua.

CADAVÉR.— No soy yo quien te echa agua. ¿No ves qué está lloviendo?

Brevísimo oscuro.

Amanece.

9. — DETRAS DE LA DUNA

Al hacerse la luz, la familia se agita. La madre tapa a la niña. Ombasi abre los ojos con estupor.

EL PADRE.— ¡Cago en la leche! ¡Ahora llueve! (Al niño) ¡Eh, tú! despiértate, que llueve. Ya verás qué ciática esta noche.

EL NIÑO.— ¡Está lloviendo!

EL PADRE.— ¡Pues eso te estoy diciendo!

LA MADRE.— Tápate, a ver si vas a coger frío y lo que nos faltaba.

LA NIÑA.— ¡Está lloviendo, está lloviendo!

EL NIÑO.— ¡Que ya lo sabemos, niña!

LA MADRE.— Tendríamos que haber ido al coche. Nos vamos a empapar. Lo que le faltaba a Iván con sus oídos.

EL PADRE.— Bueno, sólo chispea. No exageres.

OMBASI.— Está lloviendo. Deberíamos meternos en algún sitio.

LA MADRE.— ¿Me estás oyendo? Teníamos que haber ido al coche.

EL PADRE.— ¿Y qué hacíamos todos en el coche?

LA MADRE.— Más que aquí haríamos.

OMBASI.— ¿Por qué no vamos a vuestra casa? Tendréis una casa, ¿no? De ladrillo.

EL NIÑO.— (A Ombasi) ¿Qué dices?

EL PADRE.— Vaya, ya se ha despertado Butragueño.

OMBASI.— *Viva España.*

EL PADRE.— Joder, qué pesado. Ya empieza otra vez.

LA NIÑA.— Mira, se está mojando.

LA MADRE.- No le mires tanto. A ver si va a querer venirse con nosotros.

LA NIÑA.- ¿Va a venir con nosotros?

LA MADRE.- ¡Chsss! Calla. No puede ser.

LA NIÑA.- Se está mojando. ¿Se le va a quitar el color?

LA MADRE.- No, no se le quita.

LA NIÑA.- ¿Dónde está su casa?

LA MADRE.- Luego lo buscamos en el mapa.

EL PADRE.- Hala, vamos a ver si ahora encontramos la bujía donde se me cayó anoche.

LA MADRE.- No se te cayó. La tiraste.

EL PADRE.- Bueno, vale, pero no me toques ahora los cojones con eso.

Los niños se quedan mirando al padre impresionados.

LA NIÑA.- ¿Qué son los cojones?

Ríe el niño a carcajadas. Su risa se contagia a Ombasi.

EL PADRE.- ¿De qué se estará riendo ahora este gilipollas?

LA MADRE.- El no tiene la culpa. Le ve reírse al niño y...

EL PADRE.- No me refería a él, me refería a tu hijo, que es como todos en tu familia.

EL NIÑO.- Me reía de lo que ha dicho la Jessy.

LA NIÑA.- (A Ombasi) Te vas a mojar. Se va a mojar, mamá. ¿Y si le dan anginas?

LA MADRE.- No te preocupes. Ahora se meterá en algún sitio.

EL NIÑO.- ¡Ya! ¿Dónde se va a meter?

LA MADRE.- No sé; a algún sitio irá.

EL NIÑO.- Podemos llevarle a algún lado.

EL PADRE.- Justo, lo que nos faltaba. Vamos, todos a buscar la bujía. Hala, vámonos.

LA MADRE.- No sé, a lo mejor si le llevamos a la Cruz Roja...

EL PADRE.- Mira, puede dar gracias que no llamo a la Guardia Civil. Vámonos, que a lo tonto nos vamos a calar con esta llovizna.

LA NIÑA.- Quiero hacer pis.

LA MADRE.- Pues haz pis por ahí.

La niña sube al montículo donde está enterrado el cadáver y se baja las braguitas, disponiéndose a hacer pis. Ombasi, al darse cuenta, se abalanza sobre ella, y levantándola en vilo, la lleva a otro lugar. Chilla espantada la niña, con el culo al aire y agitando las piernas.

OMBASI.- ¡No, no, niña, no puedes hacer pis en una tumba, porque el muerto se levantará y te pegará en tu tesorito!

El padre, al ver lo que hace Ombasi se lanza contra él.

EL PADRE.- ¿Qué le haces a mi hija, negro cabrón?!

LA MADRE.- (Grita) ¡Ay, mi Jessy! ¿Qué le hace a mi Jessy?

Ombasi levanta los brazos para defenderse del ataque. Caen la niña de culo al suelo. Llora. Acude la madre y se la lleva a rastras. La niña llora y se hace pis al tiempo.

El padre se encara con Ombasi.

EL PADRE.- ¡¡Como vuelvas a tocar a mi hija, te juro que te mato!!
¿Te enteras? (Le empuja. Ombasi cae sobre la tumba de su amigo.
Mira al padre con estupor)

OMBASI.- Eh, tú, qué pasa. Sólo estaba impidiendo que tu hija se meara encima de mi amigo.

EL PADRE.- ¿Qué no te acerques! Vámonos de aquí. Este tipo es un salvaje.

LA MADRE.- (Al niño) ¿Qué miras? Vámonos.

EL NIÑO.- Estoy viendo al muerto.

En efecto, junto a Ombasi asoma el negro pie del Cadáver.

LA MADRE.- ¡No digas tonterías!

EL PADRE.- Es verdad. Mira.

Todos miran hechizados el pie que emerge de la arena. Ombasi

se siente sobrecogido al sentirse observado, ya que no ha reparado en el pie del cadáver.

LA NIÑA.— ¡Vámonos a casa!

EL PADRE.— Esto es peor de lo que pensaba. El hijoputa tiene un muerto enterrado.

LA MADRE.— Vámonos al coche, Antonio, por favor. Cuando deje de llover, buscaremos la bujía. Pero vámonos. Aunque sea, nos vamos andando.

Suena un trueno lejano.

OMBASI.— Vamos a tener tormenta. Vámonos corriendo.

Se levanta. Todos retroceden asustados.

EL PADRE.— Tú no te acerques a mi familia, ¿te enteras? Vámonos. Id subiendo. Yo le entretengo.

Empiezan a trepar por la duna primero la madre con la niña. Luego el niño.

EL NIÑO.— ¿Y las coquinas?

EL PADRE.— Déjale que se quede con ellas, a ver si le da algo.

LA NIÑA.— ¡Mi pala! ¡Quiero mi pala!

LA MADRE.— Luego te compro otra. Vamos, que nos mojamos.

OMBASI.— ¿Os vais? ¿Puedo ir con vosotros? Tengo frío.

EL PADRE.— ¡Qué no te muevas! Ya verás en cuanto vea a la pareja de la Guardia Civil. Te vas tú a enterar.

La madre y los niños desaparecen tras la duna. Ombasi se queda mirando al padre.

OMBASI.— ¿Puedo ir con vosotros? ¿Me lleváis a algún sitio donde trabajar?

EL PADRE.— Yo voy a subir. Mucho cuidadito con lo que haces. Aquí quietecito.

OMBASI.— Gracias. Yo te sigo. No te molestaré. Sólo me hace falta un rincón.

Empieza el padre a subir por el declive de la duna. Ombasi le mira y se dispone a subir tras él.

EL PADRE.— ¿Qué haces? ¡Qué no subas!

OMBASI.— Yo trabajo. Soy fuerte. Te ayudo en tu casa de ladrillo, limpio tu suelo de losetas, saco brillo a las lámparas que tendrás colgadas del techo.

EL PADRE.— (A punto de coronar la cima de la duna) Te lo digo por última vez. No quiero que vengas.

Ombasi trata nuevamente de subir y el padre intenta empujarle con el pie hacia abajo, hasta que hace un falso movimiento y cae duna abajo, llegando a los pies de Ombasi con la boca llena de tierra.

OMBASI.— No sólo eres estúpido, sino además torpe.

EL PADRE.— ¡Quita las manos! Cago en la leche, me he hecho daño. (Escupe arena) ¡Todo por tu culpa! (Suena otro trueno) Cada vez llueve más, y nosotros aquí con este café.

Ombasi recoge objetos que se le han caído al padre.

OMBASI.— Se te han vuelto a caer las cosas. Toma, ésto es tuyo. (Le da las cosas. Le ayuda a levantarse y le sacude la arena de la ropa)

EL PADRE.— Trae. Y lárgate de una vez. Bastante me has jodido ya. Me parece que tú eres un pájaro de cuidado. ¿Ese muerto es tuyo?

Ombasi se vuelve y ve el pie del amigo.

OMBASI.— Mi amigo. Se ahogó. Nos traían en un barco, con motor, po-po-po-po, unos pescadores, nos traían a unos moros de Marruecos y a nosotros, nos habían quitado todo el dinero allí, y luego nos tiraron al agua. Mi amigo se ahogó. No se quitó los zapatos. Estos zapatos. Me están grandes. ¿Ves? El es más grande. Mira qué pies. ¿Quieres verlo?

Hace ademán de ir a desenterrar el cadáver. Da un respingo el padre.

EL PADRE.— ¿Qué haces? ¡Estáte quieto!

OMBASI.- ¿No lo quieres ver? Era mi amigo. No sé qué hacer con él. Lo voy a dejar aquí. A él le dará igual ¿no? Yo quiero ir contigo y con tu familia, luego me voy, trabajo y me vuelvo.

EL PADRE.- Bueno, bueno, para el rollo. No me cuentes tu vida. (Se mete las cosas con brusquedad en el bolsillo. Entonces palpa algo duro que tiene dentro. Luego mira por el forro de la chaqueta) ¡Coño! Si tengo un agujero en el bolsillo... (Saca con esfuerzo del forro la bujía del coche) ¡La bujía! ¡Es la puta bujía! (Eufórico la muestra en alto)

OMBASI.- ¿Qué es eso? Tiene que ver con tu coche, ¿no? ¡Brrrrmm!

VOZ DEL NIÑO.- ¡Papá!

VOZ DE LA MADRE.- ¡Antonio! ¿Pasa algo?

Asoma el niño por la cresta de la duna.

EL NIÑO.- ¿Nos vamos ya?

EL PADRE.- Sí, ya nos vamos. Dile a tu madre que he encontrado la bujía.

EL NIÑO.- ¿Sigue ahí el muerto?

EL PADRE.- ¡Pues claro que sigue, imbécil! ¿Dónde va a haber ido?

El niño desaparece tras la duna.

VOZ DEL NIÑO.- ¡Mamá! ¡Papá ha encontrado la bujía!

EL PADRE.- Bueno, me voy. Aquí te quedas. Y cuidadito con seguirme.

Empieza a trepar.

OMBASI.- Voy contigo.

EL PADRE.- Y más vale que te vuelvas a la selva, que aquí pegas menos que un pulpo en un garaje. ¡Cago en diez! ¡Me he hecho daño!

Y desaparece.

Ombasi se queda un momento mirando el lugar por donde desapareció el padre.

OMBASI.- (Se dirige a la tumba) Tengo que dejarte aquí. Te da igual, ¿no? Me voy con ellos. Me llevo tus cosas. Adiós, hermano. Siento que te ahogaras. He soñado contigo. Bueno, me voy. Aquí no me puedo quedar. Me van a llevar en su coche.

Tapa el pie del cadáver y luego, cuidadoso, alisa un poco la arena de la tumba.

Luego recoge las cosas que han quedado por allí dispersas, incluido el cubo de coquinas y se dispone a subir, pero antes deja de nuevo el cubo en el suelo y orina largamente en un rincón. Habla mientras orina

Otra cosa: Si ves a mi padre, dile que no se enfade por no haber pensado mucho en él. Pero le dices que yo no tuve la culpa de lo suyo. Yo no sabía que se iba a morir por toser. Todo el mundo tose, ¿no? Y le dejé mi cama. Pero me parece que se murió enfadado conmigo. Me miraba como si fuera yo quien le mataba. Y no fue eso. Se puso enfermo, tosía y luego se murió. Aquí no pasa eso. Si toses, te llevan a un hospital, y te curan. Bueno, me voy.

Empieza a trepar por la duna.

Suena otro trueno.

10. — LA PLAYA

La familia avanza caminando por la arena.

EL PADRE.— Por lo menos ha dejado de llover.

LA MADRE.— De momento. ¿Dónde está el coche?

EL PADRE.— No puede estar ya muy lejos.

EL NIÑO.— ¿Dónde está el coche, papá?

EL PADRE.— Ahí cerca.

LA NIÑA.— Quiero ir al coche.

LA MADRE.— Anda que... mira que llevarla en el bolsillo.

EL PADRE.— Estaba roto y se me coló al forro.

LA MADRE.— ¿Y por qué no miraste bien?

EL PADRE.— Miré bien.

LA MADRE.— Sí, ya se ve.

EL PADRE.— ¡Si cuidases más de mi ropa no habría pasado esto!

LA MADRE.— Debe de estar todo el mundo buscándonos. Seguro que mi madre ha llamado a la Guardia Civil.

EL PADRE.— Tu madre ni se ha enterado.

LA MADRE.— Vaya nochecita, por culpa de tu dichosa bujía. ¿Y dónde coños dejaste el coche?

EL PADRE.— No hables así delante de los niños.

LA NIÑA.— Quiero desayunar.

EL NIÑO.— ¿Dónde está el coche?

EL PADRE.— ¡Qué en seguida llegamos, leche!

Se ve el resplandor de un relámpago. Chilla La niña.

LA NIÑA.— ¡Mamá! ¡Hay truenos!

LA MADRE.— No pasa nada. Vamos a rezar: *Santa Bárbara bendita, que en el cielo estás escrita... haz que termine esta tormentita*

EL PADRE.— ¿Qué tontería es ésta?

LA MADRE.— No sé cómo sigue y da igual. Lo que importa es la intención, ¿no?

EL NIÑO.— Yo creo que era para el otro lado.

EL PADRE.— ¿Qué dices?

EL NIÑO.— Que dejamos el coche para el otro lado.

LA NIÑA.— ¿Cómo sigue?

LA MADRE.— Calla ahora, cariño.

EL PADRE.— (Al niño) ¿Qué dices tú?

EL NIÑO.— Que me parece que el mar nos quedaba de ese lado.

EL PADRE.— No digas tonterías. (Pero mira a ambos lados, desorientado)

LA MADRE.— Vamos bien, ¿no?

EL PADRE.— No sé. Ya me ha contagiado la desorientación el niño este.

LA MADRE.— No te líes: era para allá. Vamos bien.

EL NIÑO.— No.

EL PADRE.— Pues sí que estamos bien. Tu madre y yo decimos que era para allá, ¿no? Pues ¿quién sabrá más?

EL NIÑO.— (Se encoge de hombros) Bueno, pero yo creo.

EL PADRE.— ¡Tú te callas! ¡Qué siempre estás liando!

LA NIÑA.— Tengo hambre.

LA MADRE.— Debe quedar algo de bocadillo de nocilla de ayer.

Rebusca la madre en la bolsa y saca medio bocadillo.

LA NIÑA.— No quiero. Está chupado.

La madre, de pronto se abalanza, sobre la niña y la abofetea.

LA MADRE.- (Histérica) ¡Pues te lo comes! ¡No hay otra cosa, idiota!! ¡Te lo comes! ¡Te lo comes! ¡Te lo comes! (Suelta la niña y se pone a llorar a gritos) ¡Quiero irme a casa! ¿Dónde está el coche? (Al marido) ¿Dónde está el coche, cabrón? ¡Imbécil! ¡Dónde está el coche, imbécil, más que imbécil, que tenías la bujía en el bolsillo y nos has tenido toda la noche al sereno, con ese negro que nos podía haber matado y que casi nos desgracia a la niña!!

Los niños miran a su madre aterrorados. La niña empieza a llorar.

EL PADRE.- Tranquila, mujer, no te pongas así. No ha pasado nada, ya vamos al coche, y dentro de un rato estaremos en casa... Tranquila...

LA MADRE.- ¿Tranquila? Llevo desde ayer intentando estar tranquila. ¡Yo no quería salir! ¡Yo quería quedarme en casa viendo el video, me dolía la espalda, pero tú empeñado en venirme hasta aquí... doscientos kilómetros para coger coquinas para tu jefe, gilipollas, que eres un gilipollas!

EL PADRE.- Bueno, ya está bien. ¿Te vas callar?

LA MADRE.- ¡No quiero, gilipollas!

EL PADRE.- Te lo advierto, Dori: como vuelvas a insultarme...

LA MADRE.- ¿Qué, gilipollas?

EL PADRE.- ¡Cago en Dios, Dori! ¡Que no me insultes!

Trata de llegar a ella, que escapa. Se persiguen sobre la arena. Los niños lloran.

La madre tropieza y cae. El padre se abalanza sobre ella y levanta la mano para golpearla.

LA MADRE.- ¡Niños! ¡Mirad, mirad a vuestro padre...! ¡Conmigo se atreve! ¡Conmigo sí, ¿verdad?!

El niño se lanza sobre su padre.

EL NIÑO.- ¡¡No!! ¡Déjala, papá!

El padre detiene su acción y solloza sobre la madre, los dos en el suelo.

LA NIÑA.- (Llora) ¡No, papá, mira me como la nocilla, ¿lo ves? Me

como la nocilla! (Da mordiscos al bocadillo, que se le cae. Lo coge rápidamente le sacude la arena y sigue comiendo) ¡Me lo como, me lo como...!

Se levanta La madre y acaricia a La niña.

LA MADRE.- No pasa nada, cariño... Vámonos, antes de que empiece a llover otra vez. (Al niño) Vamos.

EL NIÑO.- Yo creo que era para el otro lado.

EL PADRE.- Y todo por culpa del negro. ¡Si no hubiera aparecido el negro!

VOZ DE OMBASI.- ¡Eh! ¡Eeeeh!

Todos se vuelven.

LA MADRE.- ¡Es él! ¡Es él! ¡Por Dios, es él! ¿Qué quiere ahora?

LA NIÑA.- ¡Mamá! ¡Es el negro!

EL NIÑO.- Pero ¿por qué viene otra vez?

EL PADRE.- ¿Será cabrón? ¡Vámonos!

Salen todos corriendo.

11.- LA PLAYA, OTRO LUGAR.

Entran todos corriendo. El padre lleva a la niña en brazos.

EL PADRE.- ¡Vamos, corre!

Cruzan la escena, corriendo. Tras unos instantes, cruza tras ellos, Ombasi, con el cubo de coquinas.

OMBASI.- ¡Eeeeh! ¡Eeeeh!

12.- LA PLAYA, OTRO LUGAR.

Vuelve a entrar la familia corriendo.

EL PADRE.- ¡Vamos, vamos! ¡Ahí mismo tiene que estar el coche!

El niño se detiene.

EL NIÑO.- ¡No puedo más! ¡Papá!

EL PADRE.- Vamos, un esfuerzo. Ya estamos cerca. ¡Creo que estoy viendo el coche!

Relámpago y trueno. Empieza a llover.

LA MADRE.- Tenemos que llegar.

EL NIÑO.- (Caído en la arena) No puedo.

LA MADRE.- Es absurdo esto. Nos va a coger. Corre más que nosotros. Todos los negros corren más ¿No has visto las Olimpiadas?

EL PADRE.- Id al coche. Yo hablaré con él. Le diré que nos deje en paz. Tenemos que irnos de aquí.

La tormenta arrecia en violencia..

LA NIÑA.- ¡Mamá! ¿Cómo seguía lo de Santa Bárbara?

LA MADRE.- Santa Bárbara Bendita, que en el cielo estás escrita, no dejes que nos pase nada en esta tormentita.

LA NIÑA.- No era así.

EL PADRE.- Meteos en el coche y esperadme allí. Toma las llaves.

(Rebusca en su bolsillo) Las llaves... las llaves... (Se demuda su rostro) ¡Las llaves!

LA NIÑA.- ¡Papá, viene el negro!

EL PADRE.- Las llaves.

LA MADRE.- ¡Las tengo yo! (Las saca de su bolso)

EL PADRE.- ¡Mierda, haberlo dicho!

LA MADRE.- No me acordaba. Vamos, niños.

VOZ DE OMBASI.- ¡Eeeh!

EL PADRE.- ¡Vamos, al coche!

La madre y los niños se dirigen al coche. La madre se detiene y se vuelve al padre.

LA MADRE.- Ten cuidado.

EL PADRE.- ¡Venga, venga!

Salen La madre y los niños. El padre se planta y espera la llegada de Ombasi. Entra éste con el cubo de coquinas.

OMBASI.- ¡Espera! ¡Quiero ir contigo! ¡Viva España!

EL PADRE.- (Se encara con Ombasi) ¿Qué haces tú aquí? ¿Eh? ¿Qué haces tú aquí? ¡Lárgate! (Le agarra de la ropa y le zarandeo) ¿A qué has venido? *Viva España, ¿eh? ¡Viva España, ¿eh?!*

Ombasi cae sobre la arena, con el cubo y todo y el padre echa a correr, saliendo detrás de su familia.

13.- LA PLAYA, OTRO LUGAR. EL COCHE.

Metidos en el coche, la madre y los niños jalean a su padre.

LOS NIÑOS.- ¡Corre, papá! ¡Correee!

LA MADRE.- ¡Vamos Antonio, por Dios! ¡Corre! ¡Vámonos de aquí!

Todos gritan y sollozan a la vez. Llega el padre en veloz carrera. Se sienta ante el volante. Trata de encender.

LA MADRE.- ¿Qué pasa?

EL PADRE.- ¡La bujía!

LA MADRE.- ¡Dichosa bujía!

EL PADRE.- ¡Tengo que ponerla!

Sale el padre del coche y levanta la tapa del motor.

EL NIÑO.- ¡Corre, papá! ¡Que viene!

El padre hurga en las entrañas del auto. Llega Ombasi. Grita la niña.

LA NIÑA.- ¡Que te coge, papá! ¡Que te coge!

LA MADRE.- ¡Antonio! ¡Antonioooo!

El padre nuevamente vuelve a encararse con Ombasi.

EL PADRE.- ¡Vete de una vez! ¡Déjame en paz! ¡Déjanos en paz!

OMBASI.- Tranquilo. Yo sólo quiero que me lleves. ¿Se te ha estropeado el coche? Llévame a algún sitio.

EL PADRE.- *(Cerrando de golpe la tapa del motor)* ¡Ya está bien! ¡Vete de aquí! ¡Vete de aquí o te mato!

OMBASI.- Llévame a tu ciudad. Quiero trabajar.

EL PADRE.- ¡Que te vayas, condenado!

LA MADRE.- ¿Lo has conseguido?

EL PADRE.- ¡Sí!

LA MADRE.- ¡Pues vámonos!

EL PADRE.- ¡Eso es lo que quiero! ¡Pero éste...!

LA MADRE.- ¡Entra en el coche y vámonos!

EL PADRE.- *(A Ombasi)* ¡Venga, largo! ¿Te enteras?

OMBASI.- Estoy muy cansado. Llévame a alguna parte.

LA NIÑA.- ¿Por qué llora?

LA MADRE.- No llora, lo parece. ¡Vámonos, Antonio!

EL NIÑO.- ¡Yo arranco, papá!

LA MADRE.- Estáte quieto.

EL NIÑO.- Yo sé.

El niño enciende el contacto.

OMBASI.- ¡Brrrrmm! Funciona. Vámonos. Cuando lleguemos a tu ciudad, me bajo.

EL PADRE.- ¡Bien, hijo! Mantenlo encendido, que ahora voy.

Y de una carrera, entra en el coche, cerrando la puerta de golpe. Ombasi va detrás.

OMBASI.- ¡No te vayas! ¡Llévame! ¡No te voy a hacer nada! ¡No quiero morirme aquí!

LA MADRE.- ¡Vete! ¡Vete!

Ombasi, con desesperación, golpea la chapa del coche y se echa sobre el capó.

OMBASI.- ¡Llévame a tu ciudad!

LA MADRE.- ¡Arranca, Antonio! ¡Atropéllale, aunque sea!

Al fin el padre, con un bramido de furia, sale del coche llevando en la mano la barra de atrancar el volante.

EL PADRE.- ¡Ya está bien! ¡Lárgate! ¡Déjanos en paz!

Trata de golpear a Ombasi, pero con tan mala fortuna que golpea el coche, rompiendo el parabrisas. Gritan todos en el interior.

LA MADRE.- ¡Antonio, por Dios, ten cuidado!!

OMBASI.- ¿Qué haces? ¡Por qué me quieres matar! ¡No vengo a quitarte nada, imbécil! ¡Hijo de perra, no se te ocurra pegarme!

Vuelve a tratar de golpearle el padre. Ombasi se lanza contra él. Caen al suelo.cae la barra.

LA MADRE.- ¡Ten cuidado! ¡Acuérdate de que tenía una navaja!

EL NIÑO.- ¡Dale, papá!

Llora la niña.

LA NIÑA.- Vámonos a casa... vámonos a casa. No os peguéis.

LA MADRE.- ¡El ha tenido la culpa! ¡Si no se hubiera acercado a nosotros!

EL NIÑO.- ¡Dale, papá!

El padre sigue golpeando a Ombasi, el cual responde a los golpes. Ruedan por la arena. La madre trata de ayudar a su marido. Baja del coche y coge la barra, tratando de golpear a barullo, terminando por darle en la espalda a su marido, que grita de dolor. El niño baja también del coche y empieza a arrojara arena a Ombasi con regulares resultados, pues parte va a caer en los ojos del padre. Todo es griterío.

La niña termina también por salir del auto y mira la pelea, fascinada comiéndose el bocadillo. A su lado aparece el cadáver con un cangrejo colgando de la comisura de los labios y moviendo la cabeza ante el espectáculo. La niña mira al cadáver. Le ofrece bocadillo. El cadáver rechaza la oferta con suavidad y se quita de la boca el cangrejo, que le ofrece a la niña. La niña coge el bichejo y lo observa con curiosidad. Luego lo suelta. La niña y el cadáver se miran.

LA NIÑA.— ¿A tí te mató él?

CADAVER.— No; me mataron entre muchos, pero yo les ayudé, porque no me quité los zapatos.

LA NIÑA.— ¿Y a mi papá le va a matar?

CADAVER.— No; tu papá se quedará tuerco y tú no le verás más.

LA NIÑA.— Qué tonterías dices.

CADAVER.— En mi pueblo había niñas como tú, pero sus ojos eran más viejos.

LA NIÑA.— Dices cosas raras.

Se escucha, primero débilmente, luego en aumento, el sonido de un helicóptero que se va acercando. El niño y la madre agitan los brazos.

LA MADRE.— ¡Es la Guardia Civil! ¡Socorroooo! ¡Socorroooo!

EL NIÑO.— ¡Este negro quiere matarnos a todos!

El sonido se hace cada vez más fuerte, y el viento provocado por la hélice del aparato levanta torbellinos de arena que envuelven y ciegan a todos. La madre y el niño miran hacia arriba, pero los dos hombres, el blanco y el negro, siguen peleando, mientras el sonido del rotor aumenta.

14. — UNA PLAYA A ORILLAS DEL MAR DE LA NADA.

El Cadáver está sentado sobre la arena, mirando el mar. Entra Ombasi. Viene desnudo. Se sienta junto a él.

CADAVER.— Te lo dije.

OMBASI.— Cállate, anda. No fue como tú dijiste.

CADAVER.— Yo tenía razón.

OMBASI.— Que no.

CADAVER.— Te dije que te ahogarías con mis zapatos, ¿no?

OMBASI.— Pero no fue como tú dijiste. No me ahogué en el mar.

CADAVER.— No, claro, porque en Madrid no hay mar. Pero te ahogaste, aunque fuera en un charco.

OMBASI.— No recuerdo cómo fue.

CADAVER.— El frío. Hace mucho frío en esas ciudades grises. También te lo dije.

OMBASI.— Estaba tosiendo, y me dolía la cabeza. Tenía calor. Hacía frío, pero yo tenía calor. Me mareé. Me caí.

CADAVER.— En un charco. Te quedaste caído en el charco y te ahogaste. Lo que yo te dije. Pasaba la gente y miraba. Y tú te ahogaste.

OMBASI.— No es como tú dijiste.

CADAVER.— Vamos a ver, hermano. Te dije que te ahogarías con mis zapatos, ¿no? Pues te ahogaste con mis zapatos. No debiste quitárnelos.

OMBASI.— A tí no te hacían falta.

CADAVER.— Ahora a tí tampoco.

OMBASI.— Me enterraron con ellos.

CADAVER.— Qué desperdicio.

OMBASI.— Bah, les sobran zapatos. Los tiran.

CADAVER.— No debiste volver. Ya que te echaron, no deberías haber vuelto.

OMBASI.— ¿Qué más da ya?

CADAVER.— Sí, ¿qué más da? Pero ya que te deportaron, deberías haberte quedado. No todos tienen una segunda oportunidad.

OMBASI.— ¿Qué pasó con el hombre con el que me peleé?

CADAVER.— Perdió un ojo. No ve por su ojo derecho. Tuviste suerte de que te deportaran antes. Si no, habrías ido a la cárcel.

OMBASI.— ¿Por qué perdió el ojo?

CADAVER.— Dice que por tu culpa. Le arañaste y le entró arena o algo. Le empezó a llorar y dejó de ver. Ahora mira con el otro.

OMBASI.— Fue culpa suya. ¿Por qué me pegó?

CADAVER.— Por odio.

OMBASI.— No sé por qué tenía que odiarme.

CADAVER.— Se odiaba a sí mismo.

OMBASI.— Era un estúpido.

CADAVER.— Por eso se marchó su mujer.

OMBASI.— ¿Adónde?

CADAVER.— A la ciudad gris donde te ahogaste, con los niños. El hombre se quedó solo y tuerto.

OMBASI.— Me alegro. Me parecía un tonto. Era un tonto.

CADAVER.— Y tú también por volver. Anda, vámonos.

OMBASI.— ¿Adónde?

CADAVER.— ¿Adónde va a ser? Anda, vamos. Está tu hermana allí.

OMBASI.— ¿Mi hermana? ¿Por qué?

CADAVER.— La mató mi hermano. Ella le gritó y él le dio con un palo. Deberías haberte quedado.

OMBASI.— ¿Y tu hermano?

CADAVER.— Sigue allí. Tiene un camión. Anda, vamos.

OMBASI.— Bueno, vamos. Tengo ganas de ver a mi hermana.

CADAVER.— Está muy guapa. Le sienta bien el embarazo.

OMBASI.— ¿Estaba embarazada?

CADAVER.— Lo sigue estando. Lo estará siempre ya.

OMBASI.— ¿Y está contenta?

CADAVER.— Sí; se alegrará de verte. Hala, vamos.

Se abre en el mar una puerta. Salen por ella tambores y sonidos de una fiesta africana. Los dos hombres desnudos, cadáveres ya, se meten por ella. Aumenta el sonido de los tambores y se va haciendo el oscuro final.

FIN